

Honduras

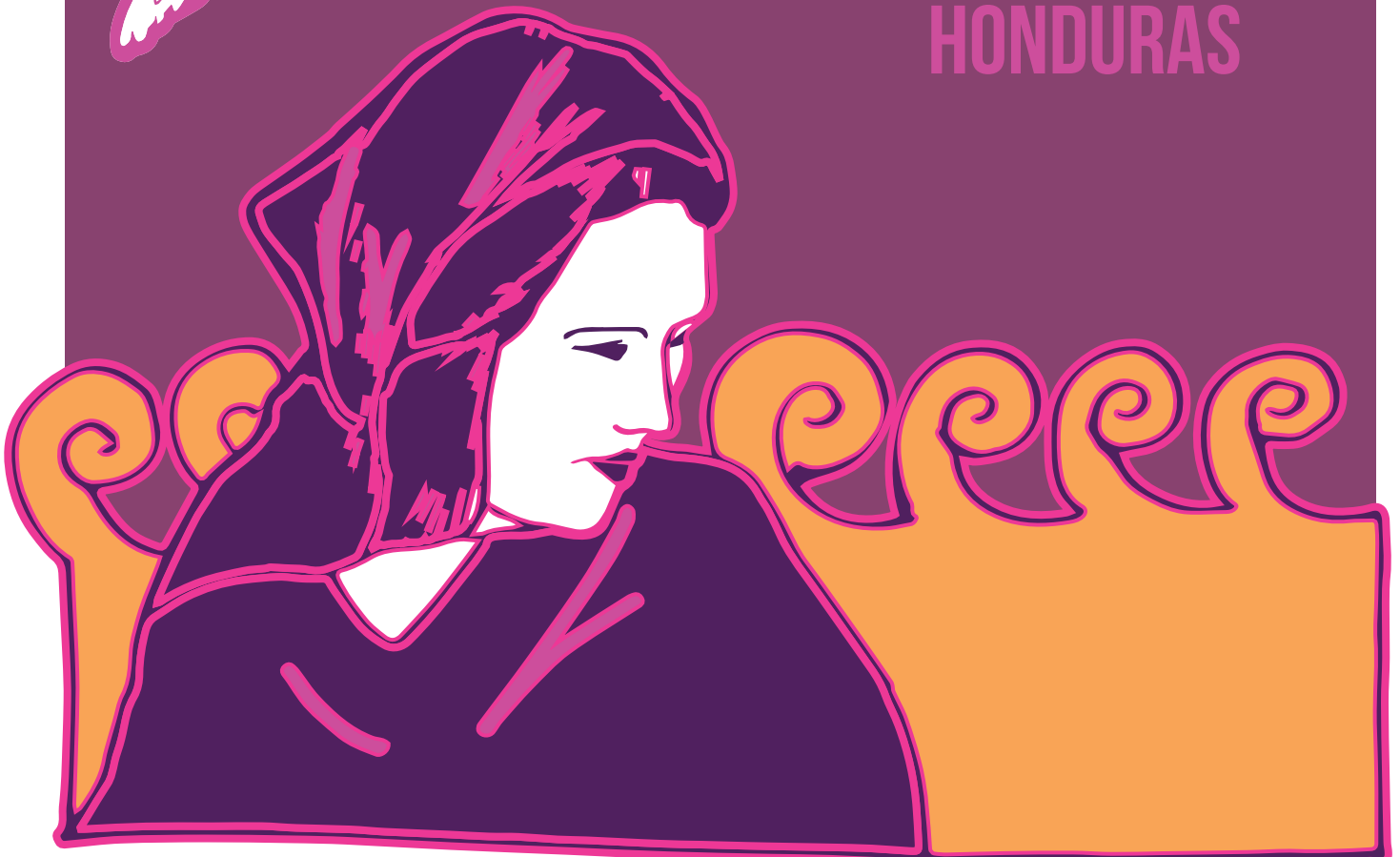
NARRACIONES de las  
GUARDIANAS



# GRACIAS A DIOS mi historia

*Ada Inés Osorio*

HONDURAS





Había una vez un pueblo muy pequeño y remoto llamado Pranza. Ubicado en el municipio de Puerto Lempira, Departamento de Gracias a Dios, era más conocido como la Moskitia. En ese lugar nació una niña llamada Apubrat (Ada Inés Osorio). Desde los cuatro años sufrió el abandono por la que ninguna niña debería de pasar. Manoseada por hombres adultos, Ada Inés vivía con su abuela materna. Su madre la procreó muy joven y luego se fue con otro hombre, razón por lo que su abuela se la llevó para hacerse cargo de ella. Vivir en una zona llena de refugiados a causa de la guerra civil de la vecina Nicaragua y la pobreza obligaban a mi abuela a salir cada jornada en busca de comida. Mientras tanto, yo me iba al monte o acudía a las casas de las vecinas a pedir un bocado que llevarme a la boca.

Me daban de lo que quedaba en la olla, con muy mala cara, hasta que un día me volcaron en mis pequeñas manos un arroz aguado con curiles bien caliente. Me quemé. Salí corriendo para mi casa y no volví a pedir comida a nadie. Nunca le dije nada a mi abuela. Antes no se escuchaba a las niñas.

Hablo mucho de mi abuela porque fue ella quien me crio, más que mi madre. Por ser hija fuera del matrimonio mi abuela no me dejaba con mi mamá. Porque el hombre que estaba con ella no era mi papá y mi abuela temía que podía abusar de mí o maltratarme. Un día muy temprano mi abuela me despertó y me dijo que me alistara porque íbamos a trasladarnos a una comunidad llamada Mocoron. Como no teníamos dinero caminé descalza y sin ropa desde Pranza hasta Mocoron. Eran aproximadamente 70 kilómetros huyendo del horror de la guerra que se libraba en Nicaragua, en el país vecino, pero que desbordaba la frontera.

En la comunidad de Mocoron nos instalamos en una posada. Luego construimos una champita y ahí empecé a estudiar. Llegué hasta 5° grado. No tenía partida de nacimiento, algo muy común todavía hoy en la Moskitia. Muy enojado, mi maestro me dijo un día que no regresara a clases si no mostraba mis documentos. Entonces mi mamá tramitó mis papeles con el apellido de mi padrastro, que ahora veo como un padre ejemplar. En la escuela sufrí muchos episodios de violencia desmesurada. Las adolescentes no dejaban de perseguirme e insultarme, nunca supe el porqué.

Cuando le decía a mis abuelos lo que me ocurría, ellos acababan castigándome y amenazándome con sacarme de la escuela, algo que para mí era lo peor que me podía pasar. Por eso decidí dejar de contarles lo que me pasaba.

Sufrí de una enfermedad terrible durante 5 años. No sabía que era, hasta que me descubrieron tuberculosis y anemia crónica.

Fui rechazada y discriminada por la enfermedad. Gracias a Dios, ACNUR (la agencia de las Naciones Unidas para los refugiados), tenía un pequeño hospital en Mocoron, y ahí me internaron durante un año. Me cuidaron muy bien los médicos y las enfermeras me adoptaron hasta que me curé.

Otro evento que marcó mucho mi infancia fue que en Mocoron vi el abuso de la fuerza militar en vivo, cuando tomaban a las mujeres a la fuerza y se las llevaban al batallón a prostituirlas para los altos mandos sin importar que fueran casadas, solteras o menores de edad.

Muchas mujeres se lanzaban de los camiones militares y morían o quedaban gravemente heridas, porque se las llevaban contra su voluntad. De todo eso no había reportes ni denuncias porque ellos eran los reyes y señores de todo lo que allí había. Muchas niñas fueron prostituidas por militares. Les llamaban yucaleras. Si hay una gran cantidad de mestizos nacidos nacieron en los años ochenta y noventa.

En Mocoron logré terminar la escuela primaria, pero ahí se acabaron mis oportunidades de seguir estudiando. Para mi abuela lo mejor era darme en matrimonio a uno de los tres viejos que pidieron mi mano. Pero yo me sentía todavía una niña todavía, por lo que le comenté lo que pasaba a mi mamá y ella me apoyó para que me fuera a estudiar en la cabecera municipal. Me trasladé a Puerto Lempira con intención de estudiar. Sin embargo, mi madre no tenía recursos para que pudiera hacerlo. Eso hizo que buscara trabajo, porque lo que yo quería era estudiar. Una pariente me acogió y ahí estuve ayudándole en las actividades del hogar y estudiando.

Llegó un momento en el que el esposo de mi parienta, un viejo de 80 años, y un nieto como de 18 años, empezaron a fastidiarme por las noches. No me dejaban dormir. Venían a tocarme y a intentar violarme. Era lo mismo todas las noches. Finalmente se lo conté a mi tía, la dueña de la casa. Pero me echó tachándome de mentirosa.

Pedí posada en la casa de mis primos y estuve allí por un tiempo, aunque todos los días me echaban de la casa. Pero seguía aguantando hasta que ellos también empezaron a tocarme por las noches y no me dejaban dormir. Como no los soportaba regresé a Mocoron con mi mamá. Perdí un año de mis estudios.

Una maestra me dio trabajo de niñera para que cuidara a su hijo de seis meses. El esposo trabajaba de conductor en COHODEFOR, una institución del gobierno. Ella impartía ella clases todo el día mientras yo cuidaba del bebé y hacía las tareas de la casa. Pasaron 4 meses y una tarde, mientras estaba con el niño llegó el esposo y me quiso violar. Me defendí como pude, me tiré por la ventana y me di un golpe en la rodilla.



Le conté a la maestra lo que había pasado y ella se puso mal porque estaba embarazada. La llevaron al hospital, y más tarde se presentó el marido con un arma ante la casa de mi abuela, haciendo disparos para intimidarnos. Me amenazó de muerte porque su esposa estaba mal en el hospital y con amenazas de sufrir aborto por mi culpa. El hombre era de Olancho y la gente le tenía mucho miedo.

Con la firma del acuerdo de paz nos desplazamos a nuestra comunidad de Pranza con la ayuda de ACNUR. Una vez allí, cuando creíamos que todo se había acabado, empezó una nueva pesadilla. Yo era joven. Los militares empezaron a acosarme, estaban siempre pendientes de mis movimientos, al crique, al río, al monte. Era una presión insoportable. Había personas, principalmente una familia de mi comunidad, que malmetían a los militares para que no me perdieran de vista, con la única intención de dañar a mi padrastro, que ahora es mi papá. Y en efecto, así fue, yo les decía a los militares que me dejaran en paz, ellos se burlaban y me decían que yo me creía gran cosa, que me creía Marilyn Monroe.

Hasta que mis papás les recriminaron diciéndoles que yo era menor y que por qué había lo que hacían. Con ese reclamo, los militares entraron a la casa y le quebraron un radito de mi papá, hicieron disparos al aire, nos insultaron y nos amenazaron con encarcelar a mi papá por espía. A partir de ese momento mi papá fue perseguido durante mucho tiempo por los militares. A cada rato se inventaban alguna reclamación que le llevaba ante el quinto batallón. Mi padre estaba mal visto por la milicia.

No pude seguir viviendo en mi comunidad. Decidí irme para Puerto Lempira a seguir con mis estudios. Gracias a Dios esta vez terminé mi ciclo común, andando de casa en casa ayudando, hasta que por mi buena conducta en el coro juvenil de la iglesia las hijas de la caridad de la Iglesia Católica me dieron una media beca para mis estudios. Eran 400 lempira mensuales. Con eso cubría mis necesidades del colegio.

Llegué a formar parte del Partido Liberal como activista. Trabajé muy duro para derrocar al Partido Nacional y por ende el poder militar. Toda mi familia y mi comunidad que eran del partido Nacional acabaron votando por el Partido Liberal.

Ganaron los liberales. Sacamos a los militares de nuestra comunidad y hasta la fecha es la única comunidad fronteriza donde no hay una posta militar y donde las das Moskitias están unidas.

Ahora las mujeres viven su vida libremente, sin acoso si amenazas de militares. Me fui para San Pedro Sula a trabajar y a estudiar. Me gradué de perito mercantil y Contador público y trabajé durante tres años.

Finalmente regrese a Pranza a visitar a mis padres, ya sin las pesadillas de los militares. Me quede en Pranza, donde 28 mujeres nos organizamos tras el nombre de OMIKS (Organización de mujeres Ignika Kumsa, que se puede traducir como Luz para las mujeres). La primera cosa que gestionó OMIKS fue el agua, para no tener que caminar a largos kilómetros para conseguir agua para beber, cocinar y agua. Después nos ocupamos de tener energía solar en las casas de las familias. Trabajamos en la defensa y protección de los derechos de la mujer y de los indígenas, la conservación de nuestros recursos naturales y la promoción de nuestra cultura Misquita, además de la defensa territorial ante los terceros. Pranza es la única comunidad donde no hay terceros.

Encontré trabajo con una ONG italiana llamada Grupo de voluntariado civil, y ahí me quedé trabajando durante cinco años.

Adquirí fuerzas y mucha experiencia en trabajo comunitario con las familias para hacerles ver a toda la riqueza que existe en nuestro pedazo de selva. Y fui creciendo como mujer miskita.

Luego trabajé en la asociación de mujeres indígenas miskitas MIMAT. Durante diez años al frente de esta organización involucramos a las mujeres misquitas en la promoción de sus derechos humanos y derechos territoriales, fortaleciendo sus capacidades con iniciativas locales para una autonomía económica e independencia para reducir la violencia intrafamiliar y social.

En la actualidad las mujeres cuentan con sus propios espacios, hay muchas mujeres que alzan sus voces gracias a estas organizaciones, porque no lo pueden hacer solas. Ahora conocen, defienden y protegen sus derechos como mujeres.



Me retiré de MIMAT porque fui la primera mujer que llegó a ocupar un cargo en el Concejo territorial de FINZMOS (Federeación Zona Mocoron Segovia), que cubre desde Mistruck, hasta Awasbila. Organización defensora de los Derechos indígenas y territoriales de ese sector. Lastimosamente, el presidente era un hombre cooptado titere de un terrateniente llegado de la capital aliados de los mismos que controla las mejores tierras de Honduras para industrias motocultivo narcotráfico despojando a los pobladores de sus Tierras entretros. A quienes denominamos colonos o terceros.

Este hombre que llegó a ser líder comprándole la conciencia a la gente aprovechando de la pobreza de la gente, se desentendió de la agenda del pueblo miskito. Se dedicó a vender las mejores tierras fértiles las fuentes de agua. Yo hice público su plan macabro y él me sacó a mí y a otros 5 compañeros de la junta directiva y empecé a recibir amenazas, a ser difamada. Se me denunció ante el ministerio público, empezó a y a presionar a la Organización que yo laboraba para que me echaran de la organización. El alcalde y políticos afines con los mismos intereses empezaron a persuadir a algunas mujeres de (Organización de mujeres que era mi espacio donde laboraba. Lograron que se pusieran en mi contra, diciendo que no querían que La Organización estuviera implicado en esos asuntos, que todo era culpa mía. La situación se desbordó. Me pusieron una demanda ante la fiscalía. Yo denuncié todos estos actos. Estamos pendientes de la resolución del Ministerio Público.

Entre todos esos pleitos me sobrevino una enfermedad muy fuerte. Empecé a tener severos problemas caí en depresión como consecuencia, insomnio, pérdida visual, mareo, pérdida de peso, etcétera. Acabó siendo una diabetes. Estuve durante tres meses reubicada en Tegucigalpa. Regresé a MIMAT, pero la situación estaba muy mal debido a que la persecución también llegó a la organización donde laboraba, empezaron a presionar, chantajear, a difamar la organización. Lo que algunas de las socias, empezaron decirme que era mejor que eran mejor que me mantuviera al margen para no comprometer a la organización, pero la mayoría me apoyaban en la lucha pero que lo hiciera, pero usando otras estrategias a manera de no exponer a la organización. En esas andanzas y ante mi precario estado de salud, que no mejoraba notoriamente, decidí dejar la Organización que era mi espacio de trabajo. Pero nunca renunciaré a la lucha.

A pesar de todas las amargas experiencias vividas, tengo tres hijos. Nunca los dejé solos ni al cuidado de su papá, ni con mi mamá. Trabajo duro para educarlos. Los tengo a mi lado estudiando mientras escribo estas palabras, Y a todas las mujeres y niños que sufren o han sufrido lo mismo que yo, sigo luchando, y les pido que ellos también lo hagan, para que les respeten sus derechos como se merecen. Es de justicia.

La voz de las sin voz somos nosotras, las supervivientes de todas esas amargas experiencias vividas y generara cambios nuestras actitudes y ayudando a reducir la violencia.